

En busca del tiempo presente

Escribe: **JOSE LUIS LORA PEÑALOZA**

El tema de las generaciones ha recibido hasta ahora un tratamiento más literario que científico. Siendo una noción vaga todavía, un concepto que carece de precisiones desde el punto de vista biológico o filosófico, los ensayistas suelen proponer fórmulas diversas para su identificación y definición.

Ya en los libros sagrados se alude a las generaciones, y Homero asimila la historia humana a las hojas de los árboles que nacen y mueren sucesivamente. Pero el paso de los siglos no ha proporcionado aún una puntualización conceptual definitiva de lo que el término **generación** contiene y expresa.

En nuestro idioma, quizás es Ortega y Gasset quien le ha conferido atención más esmerada. La doctrina vitalista del pensador español lo condujo forzosamente al análisis del tema. Su egregio discípulo Julián Marías, cuyas afinidades de pensamiento y de estilo con el maestro son evidentes, ha aportado una pormenorizada exégesis de las tesis orteguianas sobre las generaciones, y en este raudo recuento nos ceñiremos a los lineamientos trazados por Marías en su espléndido estudio.

“Hay que buscar el tiempo presente que se nos escapa” —dice Marías—. Al referirnos a ese presente, solemos decir “este tiempo”; otras veces “nuestro tiempo”. ¿De quién? El hombre viejo dice: “mi tiempo” refiriéndose a otro, a aquel en que vive y habla, que, por lo visto, a pesar de ello, no considera suyo. ¿A qué porción del pasado se siente adscrito? ¿Con qué porción o zona de su vida coincide? Al llamar el anciano “mi tiempo” a otro que no es éste, parece dar a entender que vive en él como desterrado o enajenado. ¿No será que están hechas nuestras vidas como de una sutil substancia, de un tiempo determinado?”. Estos interrogantes los emplea Marías a modo de premisas para desembocar en la dilucidación de las edades del hombre, que, según él “son el modo que tiene el tiempo de quedar en nosotros”, y para reafirmar la idea de Ortega sobre la coexistencia de tres generaciones en un mismo tramo de tiempo.

El hombre al nacer halla un mundo hecho, a cuyas formas y leyes debe sujetar su comportamiento. La aseveración de que el hombre es él

y su circunstancia, implica que el hombre está ligado esencialmente al mundo que lo rodea y que las normas establecidas para la existencia de la sociedad inciden en su persona y en sus actos. Sin embargo, los elementos que integran el ambiente que encuentra cada hombre en el momento de su advenimiento, no son los mismos que hallaron sus progenitores al nacer. Las cosas materiales, las conquistas de la técnica, los usos, costumbres y creencias han variado, y ese hecho marca la huella reveladora del paso de las generaciones. Por eso sostiene Marías que “el mundo histórico de cada hombre es, en primer término, su generación, y tiene que enfrentarse con la realidad, para hacer su vida desde ella”.

Tenemos, pues, la generación constituida como una unidad de tiempo para explicar la marcha de la historia, o, como expresa Ortega, que la historia camina y procede por generaciones. Augusto Comte fue el iniciador de este enfoque serio y penetrante del relevo de las generaciones en la historia. Su enunciado de que los vivos son gobernados por los muertos significa que la historia regula la vida humana y que la articulación de las generaciones es el derrotero histórico de la sociedad. Stuart Mill avanzó más en la fijación del encadenamiento de influencias de una generación sobre la subsiguiente, y concluyó en que la causa próxima de la situación que afronta una sociedad proviene de la situación existente en la sociedad precedente.

Para Giuseppe Ferrari, el lapso de vivencia de una generación comprende treinta años, al cabo del cual se producen cambios de fondo en la escena histórica. La política rige el mundo, y no existe actividad o estamento que no reciba su aliento y su efecto. De ahí que los cambios en el orden político nominen y enmarquen a las generaciones, y es en estas en donde hay que buscar los movimientos característicos de la historia. Ferrari fue el primero en interpretar las generaciones en su sentido trascendente y asignarles un quehacer, una misión, un destino.

Ranke, Lorenz, Pinder, Mannhein, Croce, Lain Entralgo, trataron también de discernir el alcance del concepto generación, de escudriñar su esencia, de señalar su función, de ubicar su zona de acción. Pero Mantré, en su obra publicada en 1920, logra finalmente la acepción quizá más perdurable y exacta: “Generación es un estado de ánimo colectivo encarnado en un grupo humano que dura cierto tiempo, análogo a la duración de una generación familiar; ese grupo se siente ligado por una comunidad de creencias y deseos. Es, en suma, una manera de sentir y comprender la vida, que es opuesta a la manera anterior, o al menos diferente a ella. Generación es una actitud ante la vida”.

Esta definición afortunada empalma claramente con la coetaneidad generacional precisada por Ortega y por Marías. Porque, de acuerdo con este último, si tomamos al azar una época histórica, advertimos enseguida que en ella coexisten diversos estratos humanos, en interacción, cada uno con una misión específica: “a) Los supervivientes de la época anterior, fuera de la plena acción histórica, que quedan como testigos geológicos y señalan inequívocamente de dónde viene la situación de que se trata; b) Los que están en el poder, aquellos cuya pretensión coincidió en líneas generales con el mundo vigente; c) La oposición, la generación con eficacia histórica plena, pero que no se ha impuesto todavía, sino que lucha con la

anterior y trata de sustituír en el poder y realizar las innovaciones a que se siente llamada; y d) Por último, la juventud que inicia una nueva vocación y anticipa la salida de la situación actual”.

Aquí rozamos con un valor social trascendente, que es la tradición. Las sucesivas influencias que las generaciones se van prodigando en su encadenamiento infinito se compendian en la noción de tradición. Nunca se rompe radicalmente con el pasado que se prolonga por la memoria de la sangre y por la huella de la historia. Hay que entender la tradición no como un culto yerto al tiempo fugitivo ni como un escombros mudo y melancólico, sino como un atesoramiento de experiencias perdurables, como un punto de partida hacia el porvenir.

Resulta fácil destacar modalidades y aspectos que individualizan a las generaciones colombianas, desde el grupo precursor y libertador, dentro del cual Bolívar es la cifra suprema, hasta la promoción del medio siglo, que aglutina selectas mocedades con vocación de laurel y apreciar la persistencia de una tradición que le permite a una generación reanudar el hilo histórico en el punto en que lo entregó la generación antecesora. Por eso alguien devoto de las cosas que la tradición traduce y encarna, afirmaba: “El progreso individual no llega a ser social si la tradición no lo recoge en sus brazos. Es la antorcha que se apaga tristemente al lanzar el primer resplandor, si la tradición no la recoge y la levanta para que pase de generación en generación, renovando en nuevos ambientes el resplandor de su llama”.

Cuando la ciencia no está en condiciones aún de describir en sus contornos y alcances exactos lo que las generaciones son y abarcan, cuando el significado de tradición porta todavía ingredientes y matices sentimentales, resulta forzoso recurrir a la poesía. Para nosotros, la idea de generación y de tradición se resume plenamente en los tersos vocablos de Bernárdez, que evocan el canto homérico:

*“Lo que el árbol tiene de florido
vive de lo que tiene sepultado”.*